

LA CONSAGRACION DEL CINISMO OLIMPICO

LUIS DAVILA



ALGUNA relación tienen los Juegos Olímpicos con la campaña pro cama del tuberculoso pobre o la de para que sonrían los niños del suburbio. De hecho, Coubertin, el famoso, cornudo y contento barón de Coubertin, fue un flátrapo que quería mejorar la Humanidad y descubrió que en Inglaterra se practicaba deporte mientras en Francia el deporte más sublime era el derivado de la Fisiología del gusto, de Brillat-Savarin, o de los revolcones colcheneros de los personajes de Zola, con la herencia genética conservada en alcohol y las ingles a la intemperie.

Coubertin fue un sagaz filósofo que descubrió los cuatro síntomas básicos de la sociedad industrial seleccionables entre otros posibles cuatrocientos, cuatro mil o cuarenta mil: El progreso del confort, la especialización, el recrudescimiento del nacionalismo, el triunfo de la democracia. Contra avaricia, largueza, y contra pereza, diligencia, pensó el agudo Coubertin, y al confort moderno trató de corregirlo con la práctica de los deportes; a la especialización, con una visión globalizadora del saber (visión panorámica de los conocimientos —dice Coubertin— a la que llamaríamos "aviación intelectual"). Frente al recrudescimiento del nacionalismo hay que oponer la enseñanza de la Historia universal y la democracia ha de ser contrastada con una cultura accesible para todos. La inmensa mayoría cree que Coubertin fue un benefactor desocupado ajeno

a cualquier norma programática. Falso. En el fondo era un pedagogo e incluso parió un plan educativo basado en la enseñanza de diez nociones:

1.ª Las que delimitan la existencia misma del individuo: Astronomía, Geología, Historia, Biología.

2.ª Las que condicionan su desarrollo mental y moral: Matemáticas, Estética y Filosofía.

3.ª Las que dominan su vida social: Economía, Leyes, Etnología y Lingüística.

El deporte ha de ser el marco físico que haga posible todo esto, que haga posible la mens sana in corpore sano y la organización del deporte ha de concebirse como un bien social alejado de cualquier otra posible instrumentalización. "La multitud estrepitosa y agitada nos aclamará sólo contra nuestra voluntad, amigos míos, y jamás consentiremos en transformar nuestros encuentros en espectáculos públicos".

Cien años después

El olimpismo fue la plataforma internacional que Coubertin montó para hacer posibles sus ideas pedagógicas. El movimiento hay que concebirlo en el contexto de la filantropía y la beneficencia que estimulan realizaciones como la de la Cruz Roja. Es una huida hacia adelante, en un mundo en el que la agresividad crece como consecuencia del paso de un capitalismo competitivo a un capitalismo imperialista, agresivo. No es casualidad que en el momento en que cuaja la idea olímpica los pensadores marxistas le estén dando vueltas al tema del imperialismo como fase superior del capitalismo. Como tampoco es casualidad que en 1945, en el momento en que se resitúa la división internacional del trabajo, según un sistema de dominación capitalista mundial cotejado por la política de dos grandes bloques, sea cuando prospere la idea filantrópica y beneficiante de la ONU. Y es que

no es posible condenar a muerte sin ofrecer la posibilidad del indulto.

Pero desde su nacimiento, el olimpismo llevó en su seno su propia negación: profesionalismo frente a amateurismo y política de Estado frente a solidaridad universal. Un fascista tan consecuente y sanguinolento como Charles Maurras acudió a los Juegos Olímpicos de Atenas con el temor de que los juegos anularan el ideal patriótico. Maurras volvió muy satisfecho a París. "... Este internacionalismo no acabará con las patrias, sino que las fortalecerá". En vano Coubertin trata de teorizar su experiencia y su capacidad profética en un libro que es al olimpismo lo que la Fisiología del gusto es a la gastronomía: un manual filosófico tan hermoso como gratuito, o quizá hermoso por lo gratuito.

En los Fundamentos filosóficos del olimpismo moderno, Coubertin se suelta el pelo y allí sale todo: el olimpismo es una religión, es la obra de una aristocracia que tiene origen igualitario, esa élite ha de estar condicionada por un ideal caballeresco, tiene que asociar la idea de tregua a la idea de ritmo (los Juegos

Olimpícos deben ser una tregua para los conflictos personales, colectivos e internacionales), el verdadero héroe olímpico es el varón adulto individual y el deporte de equipo debe competir fuera "... del recinto sagrado de Olimpia"; finalmente se ha de acceder a la belleza suprema mediante la participación de las artes y el pensamiento en los juegos.

Si nos tomamos estos preceptos al pie de la letra, los Juegos Olímpicos más logrados fueron los de Berlín, en 1936, cuando Hitler ligó la religión olímpica a la religión nazi, cuando las grandes potencias democráticas empezaron a conceder a la barbarie nazi la gran tregua que haría posible la segunda guerra mundial, cuando Jesse Owens fue la única mancha negra en un festival exaltatorio del héroe individual varón adulto y ario y cuando se accedió a la idea suprema de belleza con el concurso de la "inteligencia" alemana superviviente a la diáspora para salvar el pellejo del cuerpo o el alma. En 1956, en la cumbre de la "guerra fría", mientras los Estados Unidos ejercen su gendarmería en más de medio mundo con la punta de sus





Las delegaciones de las Repúblicas Federales en la inauguración de la VII Espartaquiada de Verano de la URSS, prenuncio de los Juegos Olímpicos.

propias bayonetas o con la de las bayonetas de sus Gobiernos títeres, el Gobierno franquista se permite el lujo de renunciar a un saco de medallas olímpicas para castigar a la Unión Soviética por su intervención represiva en Hungría. En 1968, los Juegos Olímpicos se celebran sobre miles de cadáveres de estudiantes mexicanos. Aún hoy, doce años después, muchos de ellos siguen siendo "desaparecidos", reprimidos brutalmente en la plaza de las Tres Culturas para crear un clima de tranquilidad preolímpica. Y en 1972, el "napalm" desfolia las selvas bajas de Indochina sin que entonces corrija, enmiende, la situación, condicionando su participación a una retirada de los Estados Unidos como potencia agresiva.

No hay que pronunciar frases excesivas como "el olimpismo acaba de morir". El olimpismo sólo existió sobre el papel y en la realidad fue cosa bien distinta a la imaginada por Coubertin. Ha sido dirigido por señoritos desocupados que han podido costearse la carrera de fardones internacionales; se ha convertido en

un circo lleno de gladiadores prefabricados en laboratorios estatales o comerciales; ha trasladado a la arena del circo deportivo las batallas que, por otra parte, no han dejado de desarrollarse en los campos bélicos o en las trastiendas de los grandes poderes que controlan el mundo. Lo único auténtico es la ilusión subjetiva de los atletas y deportistas con la suficiente capacidad de autoengaño como para no ver o no querer ver el marco real.

La gran lección de 1980

Al borde del "crack" político personal, el Presidente Carter convirtió el secuestro de la Embajada yanqui en Teherán en un punto de referencia para recuperar la iniciativa frente a su desengañado electorado. Acosado por la candidatura de Kennedy, Carter se puso duro y satisfizo la predisposición crítica de gran parte del público americano, molesto por la crisis económica y por la crisis de conciencia nacional latente desde la derrota en Vietnam y acentuada por la osadía de Jomeini, la osadía del co-

lonizado. Y cuando se produjo la intervención soviética en Afganistán, Carter se agarró a este hecho con todas las ventosas cachueteras de su espíritu y con la asesoría de un equipo que ha corregido y aumentado la lucidez cibernética de Kissinger.

El bloqueo decretado por Carter a los Juegos Olímpicos de Moscú hubiera sido una parodia de comportamiento positivo, algo así como la rabieta del *enfant gâté* que cuestiona a los demás para no ser cuestionado, de no contar Carter con la fidelidad exigible a todos los países dependientes del centro del Imperio. El otro día, en las Cortes, al señor Abril Martorell se le estropeó el calculador analógico que lleva en el cerebro y se puso a vagar del Norte al Sur del sistema económico mundial, nacional y provincial, como si fuera un robot estropeado. No me extraña que el señor Abril Martorell esté desorientado porque la dependencia demostrada por potencias como Alemania, Japón o Inglaterra ante la consigna estadounidense demuestra que las leyes del centro y de la periferia, del Norte y

del Sur, también rigen en el núcleo mismo del Imperio, en el cogollo de la alcachofa, en la yema de este huevo. Gobiernos acogibles a los principios de la II Internacional (como el alemán) y Gobiernos bananeros han demostrado la misma situación objetiva de dependencia al sistema de dominación regido bajo la hegemonía de los Estados Unidos. Al menos este hecho ha tenido la virtud de ilustrar sobre la evidencia de que en todas las ollas se cuecen países satélites como si fueran habas y que en épocas de crisis cualquier religión, sea la de Wojtyła o sea la de Coubertin, elige banderas, trincheras y finalidad histórica inmediata.

Y ante esta flagrante evidencia, aparece como un chiste la "putería" hispánica, esa sagacidad tabernaria de un Gobierno que aconseja no ir, de un Comité Olímpico que quiere ir, pero que pasa el expediente a unas Federaciones situadas a la derecha del Gobierno... jugando con la ilusión de docenas de deportistas españoles que han sacrificado parte de los mejores años de su vida al sueño olímpico. ■